

F. GAMBŪA.

ron sin pagar, aunque con dignidad; era aquello monstruoso.

El sostenía que todo era juego, pero jugando ó en serio se llevaron á la bulliciosa pareja á la Inspección y mientras llegaba el comisario, pasó cada cual á su departamento respectivo. No transcurrió mucho tiempo sin que se oyera otra de gritos y de golpes en el de mujeres, que daba horror. Abrieron, y era Miss Eva la que repartía, ciega de ira, bofetadas á mano limpia.

—¡Es hombre! ¡Es hombre!—decían azoradas las detenidas.

Se procedió á averiguarlo. El practicante de guardia, asistido de media docena de gendarmes robustos iba á practicar el reconocimiento, cuando Miss Eva prefirió declarar la verdad.

—Era un célebre filibustero tejano, que personalmente quiso enterarse de cómo andaba la pública opinión respecto á sus congéneres y que adoptó un disfraz femenino para no ser reconocido en la empresa!

Fernando, desde entonces, se ha retirado á la vida privada.

EL PRIMER CASO.

I

La desdichada familia de don Isaac Cortijo pisaba las desoladoras fronteras de la miseria.

Los últimos amigos fieles que los habían ayudado, se hacían los sordos á las insinuaciones del infeliz don Isaac. Era un buen hombre, un bello sujeto, pero pobre y pobre sin esperanzas de mejorar; y aun cuando una buena acción satisface al ejecutarla, el repetirla es enojosa, cansa, agobia, corta relaciones.

Según él, todas sus desdichas nacían de haber servido al Imperio con lealtad y casi por obligación. Su apellido lo hacía soñar en antecedentes de nobleza, muy desvanecidos, invisibles, pero que en medio á sus contrariedades le servían para sobrellevar pacientemente las pesadas bromas que le corría la suerte. Al triunfar la República, se dió por muerto, su elevado puesto debía llevarlo al cadalso ó al destierro.

Escribiente del Tribunal Correccional no era cualquiera cosa; indudablemente lo fusilarían.

Pensó primero en ocultarse, cambiar de nombre, huir á alguna parte, y tres inconvenientes le ata-

jaban el camino, empujándolo hacia las afiladas y justamente resentidas bayonetas liberales; no tener economías, estar recién casado y ser poco animoso.

Su sorpresa no alcanzaba límites. Días iban y días venían y ni quien le hiciera caso. Con aspecto de mártir, que mucho hacía llorar á Lola, su esposa, esperaba un desenlace trágico que nunca llegaba. Cada vez que el aguador ú otro inofensivo comerciante llamaba á la puerta, le daba el adiós postrero á su cara mitad, se ponía á temblar como un azogado y esperaba. Pensó al mes de estos acontecimientos, en escribir una carta humilde al Gobierno pidiendo su propio indulto, para saber á qué atenerse, para dejar de vivir en esa inquietud que lo estaba enfermando. Prometía no ocuparse de política, y confesaba no haberse ocupado nunca, lo hacía con el fin de ofrecer mayores garantías, de inspirar confianza. Afortunadamente su mujer se lo impidió por un exceso de cariño, mostrándole los riesgos que corría denunciando su escondrijo y su pasado. Era mucho más prudente reunir lo poco que les quedaba vendible, realizarlo, é irse á buscar fortuna á un Estado lejano donde ni los conocieran ni quisieran conocerlos. Aceptado y analizado el consejo, tampoco pudieron llevarlo á cabo: Lola estaba en cinta y el propietario de la casa, furioso, á causa de un trimestre con el que no se reunía jamás. Fué música celestial manifestarle en patético dúo lo difícil de la situación porque atravesaba el matrimonio. Gravaría su conciencia verificando el aterrador procedimien-

to de lanzarlos á la calle. A tanto equivaldría que delatara á Isaac, que de la mano lo condujera al sepulcro, no tenía entrañas? ¿ni sentimientos?.... ¿ni corazón? Comprendían que nada agradable podían serle unos inquilinos semejantes, ¡pues no lo habían de comprender! Pues ya veía cómo andaban las cosas, ó más bien, cómo dejaban de andar, mostrando al decir esto, los restos de un calzado que había sido y no podía continuar siendo por su total destrucción. Cuestión de poco tiempo, de una manera ú otra tendría que decidirse su suerte y, ó liquidaban el piquillo pendiente, ó á su pérdida agregarían un mes de más. No agradaban mucho esos razonamientos al propietario, lo que deseaba era dinero y poca charla, su ideal era encontrarse inquilinos mudos y puntuales. Tuvo que callarse sin embargo por consideraciones al interesante estado de Lola, que deveras interesaba con sus ojeras pronunciadas y lo encendido de sus mejillas. Se ablandó y concedió un trimestre. Si al fenecer éste, Isaac nada podía darle, ni á buena cuenta siquiera, creía inútil indicarle cuál era el camino que siguen los hombres delicados. Isaac tragó la indirecta con bastante dificultad. Le indignó un comportamiento semejante. Puede el acreedor cobrar pero jamás insultar al deudor de insolvencia notoria.

—Ya ves—decía á Lola—lo que origina la República, hombres así, sin consideración, sin principios. ¿Quién podrá ser éste?

Y Lola, creyéndose reñida por su marido rom-

pió á llorar exclamando: "Pero Isaac, si yo te juro que á mí tampoco me gusta esa República, créemelo." Entonces él se erguía desdeñoso y desde los desmantelados cuartos de su vivienda, lanzaba rayos fulminantes á ese partido que tales desdichas le ocasionaba. "Comienza una época de prueba, Lola, seamos fuertes, mostrémonos en toda nuestra grandeza y que nuestro hijo al nacer se enorgullezca de nosotros." ¡Isaac!, le decía ella en tono de pudoroso cariño, no hables de nuestro hijo. Sabe Dios lo que le esté reservado.

Muy á menudo esos cuadros de indigencia y de pasión, venía á turbarlos un antiguo amigo del padre de Lola, hombre bien conservado apesar de su edad y que se permitía algunas libertades con ella, libertades que en un principio disgustaron á Isaac aunque después se acostumbró insensiblemente. Conformábase con denominarlas: "Cosas de don Pancho" que así se llamaba el amigo en cuestión. ¿Parecía tan cándido y tan bien intencionado? Al saludar había de hacer algo á Lola, por lo menos una caricia, si nó no estaba contento.

—Y no crea usted muchacho!—como familiarmente titulaba á Isaac—no puedo prescindir de esta costumbre; si usted hubiese sido celoso, preferiría no tratarlos; figúrese usted que puede decirse que la ví nacer, estaba yo en la pieza de al lado cuando aquello aconteció, y la matrona la depositó en mis brazos, desnudita y monísima, gritando que era un contento, como si no le agradara haber venido al mundo.

A Isaac le escocía un poco considerar que don Pancho conocía á su mujer tan al natural. Despertaban en él celos retrospectivos, y sólo se conformaba al considerar que las mujeres cambian mucho al crecer. Lola, que llevaba años de escuchar la misma narración, no se preocupaba; dejábalo charlar fijando en él su mirada sin la menor malicia. Y luego, que les servía de mucho, contribuyendo monetariamente al modesto gasto diario con un desprendimiento digno de encomio. Bastaba una indicación de Lola para que don Pancho alojara la bolsa, con buena voluntad, sin observaciones, ni gestos, ni malos modos. En ocasiones era él, con exagerada delicadeza, quien preguntaba si les faltaba algo, insistiendo en que lo ocuparan, para eso servían los amigos verdaderos, no debían andarse con cumplimientos y ridiculeces impropios de la intimidad que por fortuna los unía.

"Verdaderamente—decía Isaac á su mujer—no sé con qué pagar tanta fineza á don Pancho," y tenía razón, pues era un problema muy difícil de resolverse; ni vendiéndose, reuniría una suma equivalente.

Por más esfuerzos que hacía no lograba conseguir trabajo. A todas partes acudía solicitándolo y en todas partes sobraban pretendientes y escaseaba aquél. Los primeros días salía de su casa al oscurecer, ocultándose, hablando bajo, embozado en una capa, testigo paciente de pretérito desahogo; y cuando se convenció de que nadie se ocupaba de él, de que podía pasear á la luz del sol y

codearse hasta con los policías, tuvo una positiva contrariedad.

¡Se había acostumbrado á su papel de víctima! Parecía indecoroso resignarse á aceptar perdón tan despreciativo. ¿Pues qué la República era tan mal educada ó tan orgullosa que le hacía el mismo caso que un guardacantón? ¿No merecía un encarcelamiento, algo en fin que lo autorizara á hacer profesión de su credo político? Tuvo que prescindir de esos deseos, por una aventura que le puso de relieve lo preferible que es vivir ignorado si se desea la tranquilidad personal. Cazaba con ferocidad á un individuo que le debía una corta cantidad, prestada en otros tiempos, y para no dejarlo escapar, recorría la misma acera sin descansar ni un momento, hasta que notó que un policía lo observaba con particular atención. Disminuyeron sus ímpetus y como quien no quiere la cosa, se alejó del sitio, sin violentarse, encendiendo un cigarrillo y con todo el aspecto de un inofensivo que almacena oxígeno. Prescindía del dinero sin dar á conocer su contrariedad. Volvía la cara disimuladamente, arrugando los ojos, seña característica del miope ó del que quiere pasar desapercibido, y el policía, siempre detrás. Por más que daba vueltas á sus ideas, no lograba entresacar ninguna que justificara esa tardía persecución. Veníanle á la mente todas las crueldades posibles, creyendo que el Gobierno para mayor seguridad, decidía deshacerse de él. Violentó el paso, temblaba y no se atrevía á averiguar si lo seguían aún.

Tomó por un callejón y echó á correr de una manera desesperada, formidable. Se golpeó con todo aquel que le impedía voluntariamente el tránsito; los muchachos, suponiéndolo chiflado se lanzaron tras él, obsequiándolo con gritos y silbidos que exasperaron la irritable nerviosidad de los perros del vecindario turbados en su sueño. Aquello era un positivo escándalo; asomábase la gente á puertas y balcones, creyendo en una revolución, nueva y devastadora. Isaac comprendía que iba á caer si prolongaba su descomunal carrera, pero la batola que escuchaba á corta distancia de su individuo, le imponía un pánico mortal. Casi sin aliento, con la vista oscurecida, sudando como una catarata, pudo distinguir la puerta de su casa y con los últimos restos que le quedaban de fuerzas penetró á ella, subió la escalera con más espíritu que pies y al encontrarse enfrente de Lola que lo contemplaba muda de terror y de ansiedad, cayó exánime exclamando: ¡La República!

En el mismo instante, dos gendarmes llegaban medio sofocados también y con sus sables desnudos, en pos del sospechoso, mientras diez ó doce, fortificados en la portería, contenían trabajosamente á la curiosa y gritona multitud. Fué en vano que Lola, en medio de sollozos y de lágrimas, les dirigiera las súplicas más fervientes, retorciéndose los brazos y arrastrándose á sus pies. Les juraba que su marido era inocente, que debía de ser una equivocación, garantizaba que en lo de adelante se estaría quietecito, allí, á su lado, sin salir más

que á su trabajo, cuando lo consiguiera; pero que lo dejaran, podían estar convencidos de que era incapaz de meterse en cosa alguna ¿accederían?... ¿no era así?

Y los polizontes, con la terquedad propia de su cargo y de su escasísima educación, respondían que nó, que tenían que llevárselo aunque fuera cargado.

La verdad es que Isaac había sido testigo mudo de esta escena, pero ni intentó moverse con la esperanza de ablandar el corazón de sus perseguidores con lo conmovedor de su aspecto. Lola, sentada en el piso de la habitación, acariciaba la cabeza de Isaac acomodada cuidadosamente en su regazo, enjugándole el sudor con cariño maternal y un pañuelo de yerbas. No había vecino en toda la casa, que no se empinara á distinguir algo de lo que pasaba en el número cinco; todo el corredor apenas bastaba para el número de curiosos. Nadie sabía á qué atenerse, pero la opinión que se generalizó fué la de que Isaac era un conspirador endemoniado sorprendido á tiempo. Cruzábanse los comentarios y las opiniones políticas. ¿Quién lo hubiera creído, bajo su exterior tan modesto y tan afable? Era una desgracia codearse con gente que no se conoce, y un zapatero de viejo, incluíno del patio, gritaba medio beodo, á los gendarmes:

—“Fusílenlo, fusílenlo”—y se reía á grandes voces de su consejo.

Por fin Isaac, tuvo que levantarse, y por pru-

dencia, lo amarraron codo con codo prodigándole rigurosa vigilancia. No iría por la esquina, cuando todas las mujeres de la casa, precedidas por la portera, se precipitaron en la vivienda. Lola estaba desvanecida de veras. La volvieron en sí y se sintió á la muerte. Los agudos dolores que anunciaban las inefables y posteriores dulzuras de la maternidad, se dejaban sentir con una confianza rayana en la grosería.

—Era natural; tanta emoción y ella tan avanzada!... como decía la vecina del 20.

Y se declaró una alarma general, cada cual proponía medicamentos infalibles, calmantes, remedios domésticos, corrían al fogón, calentaban trapos, le aflojaban los vestidos, la abrigaban, y entre todas la acostaron, decidiéndose á esperar el desenlace. Avisado don Pancho por un acomedido, llegó jadeante, sin detenerse á contestar á las preguntas con que lo asediaban, ni parar mientes en las narraciones detalladas que se le ofrecían. Llegó hasta la alcoba creyendo que Isaac estaría herido, tal vez moribundo. ¡Le habían narrado las cosas de una manera! Vastóle ver á Lola y oír sus lamentos, para darse cuenta de lo urgente del caso, y dirigiéndole algunas palabras estimulantes y cariñosas, volvió á marcharse. Deteníase á poco rato, en la desaseada puerta de la casa, un coche de sitio, dislocado y gritón, tirado por un par de caballos epocalípticos. Descendieron de él, don Pancho, primero, y después una señora de edad, cubierta con un pañolón negro debajo del que se

adivinaba un pequeño bulto de la forma de una maletilla. Ya en la habitación de la enferma, la recién llegada se despojó de lo que la estorbaba, como si se preparase á luchar á brazo partido, remangándose el corpiño y descubriendo el bulto. Dióse á las vecinas, con excepción de la portera que permaneció para lo que se ofreciera, las gracias y la despedida, cerróse la puerta de la comunicación de una pieza á otra, y se quedó don Panchito en la salita, enteramente sólo y entregado á sus pensamientos y á furibundos paseos dentro de ella. Los gritos que no cesaba de exhalar Lola, lo ponían nerviosísimo; tapábase los oídos ó tocaba el tambor muy suavemente con los nudillos de los dedos en la vidriera del corredor con la frente pegada á los vidrios, observando atentamente á los chicos desarrapados de la casa que en número de ocho, hincados sobre las lozas, se entretenían en sacar grillos de la coladera central del patio.

Repentinamente se estremeció; un grito agudo y más prolongado que los demás, lo sacó de quicio, tranquilizándose al oír que terminaba en dúo, con otro débil pero penetrante.

Había nacido el primogénito de los Cortijo. Caía la tarde.

II.

Epoca de temores y de desconfianzas, obligó á los jueces de Isaac á manifestarse más severos de lo que su falta requería.

En el día siguiente á su aprehensión, los periódicos enterados del suceso, pedían un escarmiento, aconsejaban hasta la crueldad.

“Acabemos con la mala yerba—clamaba un articulista afamado—no haya clemencia para con los espíritus pervertidos que se oponen torpemente al completo triunfo de nuestras ideas.”

Y continuaba en ese tenor, adivinábase la indignación que debía haber sentido al escribir aquello. Los renglones impresos—tal era la fuerza de sus ardientes metáforas—antojábanse filas de voluntarios marseleses marchando entusiasmados al héroe sacrificio de sus propias existencias para salvar á la patria en peligro. Las letras mayúsculas simulaban una brillante oficialidad y los puntos de las ies, tal parecían proyectiles lanzados al espacio festejando alguna victoria importante. Casi todos los días se leían artículos por el estilo, incendiarios, justicieros, terribles. Cerrábanse los ojos con espanto, las desgarradas entrañas de las víctimas de la guerra las ponían al alcance de las narices todos los señores periodistas. Pasábase con tranquilidad por las redacciones, prefiriendo la cera opuesta y sin volver la cara, temiendo que las puertas y ventanas, sobre las que generalmente se ostentaban en caracteres blancos sobre fondo oscuro, letreros pacíficos como “Imprenta y Litografía,” “Esquelas de bautizo y de visita,” etc., vomitarán quintales de metralla fraticida, en el interior disminuía bastante la ferocidad; fumábanse cigarrillos, se hacía crónica escandalosa y galan-